

**Exclusión e inclusión social en un estudio interdisciplinario /  
Jeanine Anderson**

Exclusión social y desigualdad en el Perú  
Adolfo Figueroa, Teófilo Altamirano y Denis Sulmont. Lima:  
Oficina Regional de la OIT, 1996

La exclusión social —vista desde su cara «positiva», la integración— fue uno de los tres temas centrales de la Cumbre Social de 1995 en Copenhague. Los tres temas de la Cumbre (el empleo y la pobreza fueron las otras dos partes del tríptico) debían unir a los países industrializados y los países en desarrollo en una plataforma común. Incluso las discusiones debían producir un marco desde el cual los programas de ajuste estructural podían mirarse en yuxtaposición con los intentos de reforma social y económica de los países ricos, a fin de analizar sus implicaciones de largo plazo para la viabilidad de las comunidades nacionales y la comunidad internacional.

Realizada la Cumbre y masticadas sus lecciones resulta fácil (como en todo *post mortem*) comprender por qué estas aspiraciones fueron tan contundentemente frustradas. La contención de los problemas sociales —el encerrarlos tras muros, apartando a los más afectados de las partes todavía sanas de la sociedad—, modo de tratamiento inventado en los estados europeos en el siglo XX de acuerdo con Zaretsky, todavía se recomienda como la respuesta más barata. (La contención de los excluidos, indudablemente, suena a tautología.) Y los países ricos, como demostraron en Copenhague,

persisten en pensar que les es una opción en sus relaciones con el resto.

Como una de las actividades preparatorias a la Cumbre, la Oficina Internacional del Trabajo auspició un estudio comparativo sobre la exclusión social. Adolfo Figueroa, Teófilo Altamirano y Denis Sulmont recibieron un importante encargo al ganar la buena pro para realizar la parte peruana. La conformación del equipo de los responsables de la investigación (un economista, un antropólogo, un sociólogo) afirma la importancia que se otorgaba a un enfoque interdisciplinario. Este equipo se planteó el reto no de recopilar datos, simplemente, sobre la incidencia y la gravedad de la pobreza en diferentes lugares del país, actividad que se ha vuelto una miniindustria últimamente. Se planteó el reto, sobre todo, de construir un nuevo marco teórico que permitiría analizar la pobreza y la desigualdad en correcta relación con otros fenómenos sociales (históricos, estructurales). Indudablemente este marco, necesario para avanzar hacia una interpretación causal de la pobreza, es también un paso previo hasta poder reducir sus dimensiones.

En la Introducción del libro que entrega los resultados del

estudio, *Exclusión social y desigualdad en el Perú*, los autores explicitan el aporte del concepto de exclusión social a los debates sobre la pobreza y la desigualdad. Los niveles extremos de desigualdad en el Perú podrían interpretarse como una consecuencia de un particular patrón de integración de los diferentes grupos que conforman la sociedad peruana; integración bajo condiciones de intercambios desiguales entre diferentes sectores. De hecho, esta ha sido la estrategia más frecuente, desde que quedó atrás la idea de la «sociedad dual». Sin embargo, es igualmente posible que la pobreza y la desigualdad se deban a la sistemática exclusión de determinados grupos en determinados momentos o situaciones. El concepto de exclusión social que los autores manejaban para su investigación se anuncia como sigue: «Un grupo social [es] "excluido" cuando no se le permite participar en algunas relaciones sociales del proceso social que son valiosas para el grupo».

En dos capítulos iniciales («La exclusión como categoría de análisis» y «Proceso de exclusión: un marco teórico»), los autores acumulan una serie de conceptos adicionales que ordenarán su análisis. Entre ellos están la heterogeneidad estructural, los mercados no walrasianos, los diferentes tipos de derechos que poseen los miembros de un sistema político y la entrega efectiva o meramente formal de los mismos, y el concepto de *activos sociales*. Este último alude a la suma de posibilidades económicas, políticas y culturales que tiene un individuo.

Pese al ideal de la interdisciplinariedad, que retó a los autores a considerar simultánea e integradamente distintos planos de la realidad, la exposición de la evidencia y de los argumentos interpretativos se hace separando lo económico de lo político y lo cultural. Esto es casi inevitable, ya que el armazón conceptual que se aplica a estos tres ámbitos es vastamente diferente y no puede reinventarse en el marco de una sola investigación. Incluso las hipótesis centrales (pp. 58-59) separan más de lo que integran los tres ámbitos, a excepción de la que predice una relación contradictoria entre una lógica económica de creciente desigualdad y una lógica igualadora en los otros dos sistemas. La dinámica igualadora tiene origen en la permanente expansión de los derechos políticos y la difusión de activos culturales vía la educación, la migración y la urbanización.

Desde la perspectiva de aumentar nuestra capacidad para comprender la pobreza, uno de los avances más significativos de este estudio está en resaltar el hecho y las implicaciones para los pobres de su efectiva exclusión de los mercados de seguros. El mercado laboral, el mercado de crédito y el mercado de seguros son los tres mercados no walrasianos cuyo comportamiento es necesario observar con particular cuidado a fin de analizar procesos de exclusión. La exclusión de los mercados de seguros (de salud, de los bienes, de vida, contra accidentes y «actos de Dios», contra el robo, contra los riesgos asociados a activida-

des empresariales, contra la pérdida del empleo) tiene graves consecuencias. Significa, como bien se dice (p. 83), que los pobres deben absorber directamente los costos de una serie de percances y azares. Para ayudarles están sus familias inmediatas y extendidas, los miembros de sus redes informales, y muchas veces los vecinos cercanos en el asentamiento popular donde viven. Las prácticas de ayuda rotatoria asociadas a las situaciones de desgracia que experimentan los pobres suelen ser celebradas por los no-pobres como ejemplos de las nobles cualidades morales de los primeros.

Pero, para quien lo vive, no hay nada de curioso folklore en verse desprovisto de seguros cuando los riesgos son permanentes y cuando son, además, casi los mismos para todos, determinando que casi todos son casi continuamente implicados en las desgracias de una u otra persona cercana (ver al respecto el importante análisis de Dréze y Sen<sup>1</sup>). La pobreza es, en un sentido fuerte, ante todo *precariedad*; es inestabilidad, inseguridad, vulnerabilidad, impredecibilidad, falta de control sobre los acontecimientos y sobre la posibilidad de reparar los daños y restablecer un equilibrio cuando ocurre un imprevisto. Es las deseconomías de las temporadas de mala alimentación y la pérdida a precio de sacrificio de lo poco que se pudo acumular en la etapa anterior.

Comenzamos a saber algo sobre cómo piensa una madre pobre cuando tiene que distribuir escasos recursos entre los miembros de una familia, reconociendo que unos tienen mayores probabilidades de sobrevivir que otros<sup>2</sup>. Pero en general estamos todavía muy lejos de poder analizar la pobreza dinámicamente, tomando en cuenta las probabilidades de distintas ocurrencias y también el cálculo de la misma que hacen los pobres. Entretanto, es uno de los mayores escándalos de nuestros tiempos ver a los funcionarios de los organismos internacionales —beneficiarios de excelentes paquetes de seguros médicos (pagados por el empleador, por supuesto), seguros contra riesgos de todo tipo y generosas pensiones de vejez—, predicar a los pobres del mundo acerca de lo estimulante de la actividad humana que es el riesgo y la somnolencia dañina que induce la seguridad.

Siendo el problema de la seguridad/inseguridad tan central en estos debates, es una lástima no sólo que los autores se abstuvieran de trabajar empíricamente los mercados de seguros «por falta de evidencia» sino que tampoco lo toman mayormente en cuenta en su tratamiento de la exclusión política y cultural. A fin de cuentas, invertir esfuerzos en el sistema político también es una estrategia posible para tratar de hacer más predecible el marco en el cual se actúa. Por

<sup>1</sup> «Public Action for Social Security: Foundations and Strategy», en Ehtisham Ahmad, Jean Dréze, John Hills y Amartya Sen (editores), *Social Security in Developing Countries*. Oxford: Clarendon Press, 1991.

<sup>2</sup> Ver por ejemplo Scheper-Hughes, Nancy: *Death Without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*. Berkeley: University of California Press, 1992.

eso mismo, el rasgo que se atribuye al sistema político peruano (p. 105) de cambios frecuentes y arbitrarios en las reglas de procedimiento representa una manera fácil de excluir políticamente. Cuando menos, aumenta enormemente los costos de la participación para quienes tienen que hacer grandes esfuerzos por enterarse de cuál es un procedimiento viable para presentar una queja, proponer una norma o defender un derecho.

En esta conexión, entonces, los autores desperdiciaron una oportunidad para integrar los planos económico, político y cultural a través del filtro de un concepto de inseguridad. Lo mismo puede decirse del concepto de red social, que recibe un tratamiento poco satisfactorio en el libro. Barrig<sup>3</sup>, en un estudio de casos, demostró cómo el aislamiento de las redes sociales que sirven de base para la organización de servicios comunales tales como los comedores, condena a las familias a una situación especialmente aguda de privación. En tal sentido, la inclusión o exclusión de redes entre pobres tiene una importancia inmediata en la determinación de las oportunidades y el nivel de bienestar antes que su acceso a redes entendidas como una suerte de clubes exclusivos de los ricos.

El presente estudio levanta pero no agota el problema de redes e intercambios entre ricos y pobres. Este es un elemento que tendría que concitar la aten-

ción interdisciplinaria de economistas, politicólogos y antropólogos. Que yo conozca, nadie ha intentado un cálculo de los valores económicos que transitan por los circuitos de la lealtad interpersonal canalizados en relaciones de patronazgo formal o informal. Un vínculo que aparece en la historia de vida de muchas mujeres pobres, extrabajadoras del hogar en la gran mayoría de casos, es el que se mantiene con la primera patrona o con una patrona especialmente «buena». Somos testigos de cómo los ricos en el Perú justifican una actitud de poca responsabilidad pública frente a las desgracias de los demás apelando a la generosa ayuda que proveen a algunos pobres individualmente por medio de este tipo de vínculo. Y, por supuesto, hay una larga tradición de análisis del sistema político peruano que trabaja su otra cara: el apoyo político, los servicios y favores que el pobre le debe a su patrón y protector. El mercado del patronazgo: ¿es walrasiano o no walrasiano?

Volvamos al planteamiento inicial de Figueroa, Altamirano y Sulmont, cuando hablan de la participación en «relaciones sociales [...] valiosas para el grupo» (énfasis mío) como medidor de la exclusión. Es muy difícil sostener que el Perú constituye un único sistema de valores del cual se desprende una cuantía de «activos culturales» que detenta cada cual. Se constituye de varios sistemas valóricos en pugna, unos que tienen mayor acceso a la

<sup>3</sup> Barrig, Maruja: *Seis familias en la crisis*. Lima: Adec-ATC, 1993.

esfera pública que otros, evidentemente.

Desde este punto de vista, la relación entre los ámbitos políticos y culturales y el ámbito económico es aun más complicado de lo que este libro propone. Roberts<sup>4</sup>, en un estudio de los pobres de la ciudad de Guatemala, señala cómo una fuente de su exclusión (por cierto, su libro utiliza el viejo lenguaje de «marginalidad») de circuitos como los mercados de crédito es la imposibilidad de representarse como personas confiables ante los demás. La semiótica de la confiabilidad personal en las ciudades latinoamericanas no admite elementos como no hablar un castellano culto (salvo, tal vez, que se tenga un dejo de algún idioma europeo), vivir en una zona popular, preferir la chicha al whisky, etc.

Durkheim, los funcionalistas y muchos otros «clásicos» de las ciencias sociales nos enseñaron que los conflictos sociales son estados excepcionales, potencialmente devastadores, y que las sociedades tienen múltiples mecanismos para protegerse de ellos. Los marxistas nos enseñaron que los conflictos son frecuentes, «normales» en ese sentido, no necesariamente desestructuradores de las sociedades, sino, por el contrario, constitutivos de las mismas. Nos enseñaron que peleamos por cosas como riqueza, propiedades, in-

greso, empleos, bienestar. Las ciencias sociales contemporáneas nos enseñan que peleamos sobre todo por el significado que se asignará a las cosas. ¿Cuál es el valor, en la sociedad peruana actual, que se asigna o se debe asignar a la piel blanca o a la piel cobriza? ¿Cuál es el valor de ser hombre o mujer en esta sociedad? ¿Cuál es el valor relativo del éxito económico del migrante andino, comerciante de Gamarra, versus la exquisita competencia del burgués limeño de alcurnia que se conduce hábilmente entre presentaciones personales y comentarios ilustrados en una galería de arte? El punto es que no hay definiciones finales de estos asuntos; hay procesos inacabados de contención y disputa.

Atacar conceptualmente este tipo de problemas exige un trabajo extremadamente fino sobre la noción de activos sociales. Figueroa, Altamirano y Sulmont abren un camino interesante al hacer que este concepto sirva de puente entre los mercados económicos y los fenómenos políticos y culturales que su estudio considera. Anuncian, en efecto, una nueva agenda de investigación, que llevaría a esclarecer, empírica y teóricamente, múltiples problemas de la *convertibilidad* entre un orden de cosas y otro. Desde la antropología hay aportes en los estudios que se recopilan en un texto con el sugerente título *Money and the Morality of Exchange*<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> Roberts, Bryan: *Organizing Strangers: Poor Families in Guatemala City*. University of Texas Press, 1973.

<sup>5</sup> Parry, J. y M. Bloch, editores. Cambridge University Press, 1989.

Indudablemente habrían aportes en líneas similares en la bibliografía sociológica y económica reciente.

¿Demuestra el presente estudio, finalmente, la superioridad del concepto de exclusión social, que debe de aquí en adelante preferirse a conceptos más familiares como la pobreza? Los autores plantean la idea de la «exclusión social dura», (p. 21), la que resulta cuando diversos factores de exclusión actúan juntos, reforzándose mutuamente. De ese modo aluden a la sobredeterminación de tales situaciones: casi cualquier lista de indicadores que elaboráramos para definir la exclusión compartirá abundantes elementos con casi cualquier lista de indicadores de la pobreza. La sobredeterminación de las situaciones de desventaja ocupa un lugar importante en la teoría feminista. En el presente caso,

el resultado del análisis es un esquema de la estructura social en el Perú (p. 133) que reproduce otros que estamos acostumbrados a ver, sea que la entrada haya sido el concepto de dominación, de distribución del ingreso u otros.

En ese sentido, Figueroa, Altamirano y Sulmont plantean un falso dilema al inicio de su libro: describir un patrón de exclusión implica describir simultáneamente un patrón de inclusión. La exclusión es la «otra cara» de la inclusión. Esta reseña ha querido señalar cuáles son algunos de los problemas empíricos y analíticos que persisten al margen del gran concepto que utilizamos para dar un orden final a la discusión. Hay lo bastante por hacer para insistir en la producción de información básica y de teoría de mediano nivel.